

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

Al llegar los rabiosos calores estivales, las gentes se desparraman por todos los caminos en busca de frescas sombras, de templadas temperaturas, de deliciosos parajes. Podemos, pues, encaminarnos hacia la montaña; para ello, elegiremos un sitio y, sobre el mapa, empezaremos a gozar de esa ingenua alegría que siempre nos suelen producir los nuevos horizontes. Cargados, sin embargo, de miles preocupaciones, cerrados los baules, con la violenta decisión del que toma una inmersión en agua helada, buscamos el convoy y, dentro de él, uno de los departamentos más confortables. Y un anochecido, acaso una clara y bella noche de plenilunio, con la pesadilla de los hervores y resoplidos de la locomotora que tiene una loca impaciencia por distribuirnos, contemplando desde nuestro asiento el reposado sueño de los campos apenas iluminados por una tenue luz de fuertes contrastes, subiremos, fatigosamente aprisionados entre dos jadeantes máquinas, muchos metros sobre el nivel del mar. Qué bien empezaremos a respirar el aire nuevo que nos entra por la ventanilla; un aire cargado de todos los perfumes campesinos que hará que se nos ensanche el corazón y que nuestra sangre riegue más generosamente nuestras venas. Nos recrearemos contemplando magníficos panoramas muchas veces ocultos por espesa arboleda recostada en las orillas de chispeantes arroyuelos que se desprenden, trezadas sus aguas, de lo más alto de la sierra. Y llegaremos; llegaremos, por fin, a un pueblecito silencioso, con sus casitas blancas y minúsculas, como las que vemos en los nacimientos. Las calles, en efecto, serán pinas y pedregosas, con grandes trechos llenos de hoyos en donde se revolcarán y se sacudirán las pulgas todos los perros. En una de estas calles estará la casa elegida por nosotros. Tendrá su zaguán fresco y limpio y constará de varios aposentos a derecha e izquierda. Al final, habrá un gran corral con muchos parrales; también habrá, de seguro, frondosas higueras de frescas sombras, un pozo con un brocal de ladrillos y varias gallinas defendidas por un gallo blanco y colorado que constantemente las acaricia andando, alrededor de ellas, de medio lado.

También podemos encaminar nuestros pasos a un Balneario. Iremos con la fé de curarnos, o al menos intentar corregir nuestras perturbaciones hepáticas o renales; a dar más flexibilidad y capacidad a nuestros bronquios anquilosados; a neutralizar nuestros elevados ácidos estomacales; a librarnos de las pústulas de nuestra acribillada piel; a centrar nuestro descarriado sistema nervioso. Entonces, no tendremos más remedio que someternos, con la solemnidad de un rito, a las exigencias del plan agüista. Tendremos que levantarnos temprano y zambullirnos en una pila de mármol que el bañero nos tendrá preparada. Unas veces, el agua estará demasiado fría y otras demasiado caliente, a tono con la prescripción facultativa.

tiva. Casi siempre, nos aconsejarán hacer después un pequeño reposo. Cuando nó, nos mandarán hacer inhalaciones, gargarismos; beberemos con nuestra más solemne formalidad unos pequeños vasos de agua milagrosa que — a lo mejor, señores—, nos servirán unas camareras muy lindas. O soportaremos el suplicio de las mangas que nos azotan el dorso sin compasión mientras que nos pone al borde del colapso la fría ducha que nos cobija como un paraguas. Y mientras tanto, nos reuniremos, cuantas veces nós sea posible, a tomar unas copitas acompañadas de unas sardinas a la parrilla; aderezadas con buenas lonchas de tomates si no son, a lo mejor, — a lo peor, digo yo— de buen chorizo picantillo sin que se rehuya, para nada, la promiscuación de toda suerte de mariscos. Claro es que si esto no se hiciera, al cabo de pocos años, la humanidad estaría redimida de sus lacras físicas; pero, convengamos que casi es una suerte tener el bazo hecho harina porque, de otra manera ¿cómo íbamos a conseguir podernos alejar de nuestras respectivas costillas para tirar al aire la única cana que conservamos, por un milagro, sobre el occipucio? ¿Y el placer de sentirse enfermo, curar y volver a las andadas?

Pero, amigos míos; todavía nos queda un último recurso: podemos ir al mar. A este fin, veremos lo que más nos conviene, si las aguas azules y tranquilas del Mare Nostrum o las embravecidas del Atlántico. En el sur, es muy posible que acaso gocemos de más paz, quiero decir de más tranquilidad, porque las playas, como los naturales, parecen estar fuertemente impregnadas de todos los episodios de nuestra latina civilización. No hay que olvidar que los bárbaros nos vinieron del norte. Pero, en el norte, también estaremos a gusto. Sus vinos ágricos que maduran sin sol, sus sidras, su chacolí, nos harán apetecer los sabrosísimos mariscos del Cantábrico. Engulliremos sabrosos trozos, así de carne como de pescado, y admiraremos a sus hombres y a sus mujeres tan bien criados. En ambos sitios, nosotros, los hombres de tierra adentro, nos embelesaremos contemplantando el inefable espectáculo del mar. Nuestros ojos no se separarán del movimiento continuo de sus olas que van a estrellarse sobre los acantilados de donde, en furiosa catarata de espumas, vuelven a los amorosos brazos del océano.

Aquí, como allí, nos traerán las aguas en movimiento muchas dulces nostalgias si recordamos que hubo días gloriosos en los que nuestra raza aventaba a los cuatro vientos su semilla viril y generosa.

MARIANO E. CARDENAL

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

MELODIA

NOCTURNO

La luna trenza en el cielo, el galán piensa ofrendarla.
con las estrellas, la danza Tejiendo, en hilos de luz
de la ronda de los siglos y perlas de madrugada,
que, inmutable, nunca acaba... a la novia de sus sueños
el velo de desposada.

Un lucero enamorado,
el de la luciente capa, La luna dormida
ha dejado de bogar ya no piensa en nada.
por los mares de la nada Ni escucha a luceros
para trepar al balcón que dan serenatas
de una nube solitaria con versos de luz
a decirle madrigales y música ingrátida.
a Salena, la enigmática. ¡Todo se ha dormido
en la noche blanca...!

Con polvo de nebulosas —El viento que arrulla,
se está empolvando la cara. el agua que salta,
los ojos que miran,
la risa que estalla—
El lucero soñador ¡Todo se ha dormido
está cortando brazadas en la noche clara...
de lirios, nardos y rosas menos el lucero,
que roba al jardín del alba. —de luciente capa—,
Y con ellas va formando que sueña y que rima
la luminosa guirnalda velando a la amada...!

«AMENOFIS»